

SAN FELIPE
EL MÁGICO

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 67

SAN FELIPE EL MÁGICO

por

Miguel Ángel Contreras Nieto

*F*ICTICIA

MÉXICO

2021

SAN FELIPE EL MÁGICO

D.R. © Miguel Ángel Contreras Nieto

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

D.R. © Luis Lucacci por la fotografía del autor

D.R. © Miguel Ángel Contreras Nieto por la fotografía de portada

Primera edición: noviembre 2021

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño del libro: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón, c. p. 01060,
Ciudad de México.

www.ficticia.com ficticiaeditorial@ficticia.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-521-134-3

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

Con amor para San Felipe del Progreso, mi pueblo.
La tierra de Dios Padre, la tierra de mis mayores.

El tiempo no existe en el Paraíso.

EL CAMINO DE LOS GATOS

Las últimas casas del pueblo se ubican a los lados del antiguo Camino Real de los Tarascos. Son construcciones de gruesas tapias encaladas y techos de dos aguas cubiertos de teja. Aquí y allá se ven puertas de madera y ventanas con rejas de hierro. Las fincas están alineadas al camino de tierra, pero se mantienen espacios arbolados y milpas.

De un tiempo a la fecha, a este paraje se le conoce como el camino de los gatos. Nadie explica con solvencia por qué se ha dado esta multiplicación de felinos en la calle. Pueden verse más gatos en este sitio, que en todo San Felipe del Obraje.

Los astrólogos judiciares aseguran que la proliferación comenzó hace unos diez años, desde el terremoto de 1768. Ése que, en pleno mes de abril, sacudió los entresijos de la tierra, cuarteó los muros de la flamante iglesia y derribó paredes en haciendas, fincas y cobertizos.

Algunos adivinos sostienen que la plaga es consecuencia del uso del peyote en la Nueva España. Ya no lo consumen los indios, sino también los españoles. A la par.

Otros, afirman que esta demasía se originó debido al libertinaje en que han caído los habitantes del reino. Ahora, gustan de bailes indecentes. Como ese jarabe gatuno que, con toda justicia, ha reprobado el Santo Oficio.

Ajenos a estas hablillas, los felinos deambulan por el camino, indiferentes al paso de las personas que cada vez son menos. Se rumora que infinidad de paisanos se han ido a buscar la vida en la capital del virreinato, a la Puebla de los Ángeles, Valladolid, la verde Antequera o en alguna de las villas opulentas que existen en estos dominios.

Los gatos europeos, de pelaje atigrado, se reúnen con los servales que tienen apariencia de leopardo, y con los llamados carey, que encierran los rayos solares en su pelaje. Envueltos en el calor del mediodía, permanecen horas echados entre los pastizales, como si estuvieran en una pequeña sabana. Las tonalidades de sus grises, anaranjados, blancos y cafés se pierden en el paisaje.

Los mininos nobles se apoderan de las alturas. Gatos japoneses de la buena suerte extienden su pelo de armiño sobre los tejados y mueven perezosos su rabo corto. Los acompañan los persas de nariz chata, que lamen sus bucles con presunción, y los angoras de cara almendrada.

Cada gato se aquerencia en algún hogar. Escoge la casa o el refugio ideal para vivir, y normalmente es adoptado con júbilo. Quizá por eso, la mayoría de los vecinos simpatizan con esta proliferación.

En el transcurso del día, la calma prevalece en el camino, pero, al afianzarse la noche, los gatos corretean levantando polvaredas. Maúllan los moriscos y los siameses, chillan los cartujos y los africanos. Los ojos en movimiento centellan en la oscuridad, al compás de las escaramuzas de pasión.

Alonso de Baeza, el joven curtidor de la Hacienda del Obraje, es uno de los vecinos que sienten atracción especial por los gatos.

Una tarde, al regresar de la hacienda, se topa en el camino con un gato esfinge. El felino está sentado, con el garbo

egipcio que le caracteriza. Las orejas prominentes y piel carente de pelo, le hacen recordar a su tío Francisco, quien, igual que tantos, se ha ausentado sin decir adiós.

Alonso se aproxima al gato. Le pasa la mano por el lomo carnoso y advierte que el animal no es calvo como su tío, sino que tiene un vello tan fino que es inapreciable a simple vista. No obstante que es un tipo de gato desconocido, decide acogerlo, cautivado por su elegancia y docilidad. En recuerdo de su tío lo llama *Frasquito*.

El gato es más bien huraño, pero muestra inclinación hacia Alonso. A la hora del desayuno, bajo la mesa, toma de la mano áspera del curtidor un trozo de huevo, morcilla o pollo. En las tardes, se planta a la mitad del camino y recibe a Alonso. Orondo, marcha a su lado para entrar a la casa.

Los domingos al mediodía, se acerca zalamero a Alonso y se pone a maullar hasta que aquel abandona los repujados de cordobán que distraen sus ratos de ocio. El joven va al brocal del pozo, a fin de sacar agua con el cubo de madera, y la sirve en una jofaina.

“¡Ya no sé quién es el amo y quién el gato!”; suele decir el curtidor a su madre, y ésta responde, sonriente: “Será lo que quieras, pero *Frasquito* es el único gato que no descuelga las longanizas del garabato”.

Esta noche, la luna invernal, fría como un disco de plomo, alumbra el camino brumoso. Recién ha sonado el toque de ánimas y Alonso viene regresando de laborar. Su marcha es un tanto incierta. Con voz tosca, canta algunas de las coplas que disfrutó en el convivio de la Candelaria: *¡Este es el jarabe gatuno...!* Se nota alegre y desenfadado, pero, de vez en cuando, voltea hacia atrás. Más vale estar atento por los comisarios de La Acordada.

Al paladear el regusto dulzón del pulque de chirimoya, reconoce en su interior que se desmandó un poco con la

bebida. Aparte de sentirse borracho, le gruñen las tripas de hambre.

Recuerda el rostro cetrino de la mulata Leonor, y la sonrisa turbia que dibujaban sus labios gruesos cada que le rellenaba el jarro. Sí, lo inquietaron los labios fofos de la mujer y la boca chimuela. Pero, a él no lo intimidan los hechizos y menos el mal de ojo. Tampoco era cosa de desdeñar el pulque. ¡Tan escasas que están las chirimoyas!

Avanza precavido, para no tropezar con los gatos que retozan en el camino. A escasos metros de su casa, vislumbra, entre la niebla, que en el centro del sendero está sentado *Frasquito*. El animal tiene colgada del cuello una bolsa de piel de ratón que destaca en su cuerpo rosado.

Alonso se acerca y se agacha despacio a efecto de no caer de pecho en el suelo. Hincado ante el felino, desanuda la bolsa. El gato permanece quieto. Sólo mira al curtidor. En sus ojos expresivos, casi humanos, asoma una veta de tristeza. Abre el hocico, pero no maúlla. Una y otra vez abre y cierra sus pequeñas fauces.

Una lechuza de campanario pasa rozando con sus grandes alas la cabeza de Alonso y enseguida se asienta en las ramas de un oyamel. Prácticamente todos los gatos huyen del camino.

El joven acaricia el lomo de *Frasquito* y se pone de pie. Con la bolsa en las manos sigue su camino, trastabillante.

El gato avanza delante de él. A veces cruza lo ancho del sendero. Aventaja un trecho. Se queda quieto unos segundos y se pone de nuevo en movimiento, sin apartar la vista de Alonso, quien encuentra en la bolsa unas cuantas semillas de calabaza asadas.

—Gracias, compañero —dice al gato y empieza a comerlas, sin quitarles la cáscara. Le saben a sal, perejil y algún otro condimento amargo. Las devora y vuelve la bolsa

al revés para asegurarse de haber tomado todas. *Frasquito* lo observa a distancia.

Alonso respira con dificultad. La confusión de la embriaguez se le acentúa de manera placentera, pero la lengua se le pega al paladar y tiene mucha sed. El sudor de su cuerpo forma un manchón borroso en el frente de la camisa. Arruga el entrecejo en un esfuerzo por discernir los colores de las cosas. Le parece que los árboles, animales y lo que alcanza a ver está teñido de los matices oliva, malaquita y turquesa que ahora tiene la bruma.

En cambio, los maullidos y reclamos de los felinos adquieren tonos conocidos, entrañables. Descifra mensajes de seducción o de advertencia en los orines que cubren rocas y matorrales.

Cuando está próximo a su casa, el gato se acerca y restriega el cuerpo contra sus botas de piel. Con su larga cola elevada se aleja unos metros y se sienta en el suelo. Desde ahí no pierde de vista al joven. Éste jala el cordón y empuja la puerta de madera, que se abre soltando un chirrido. El gato observa, expectante.

Alonso da el primer paso en el umbral y la bolsa se desprende de sus manos. Trata de atraparla y contorsiona su cuerpo peludo en el aire, asombrándose de su propia agilidad. Un instante después, sin comprender lo que está ocurriendo, cae sobre sus cuatro patas delgadas, encima de botas y ropajes.

Presa de una súbita ansiedad, vuelve su alargado cuello para ver a *Frasquito*, pero lo único que distingue en medio de la bruma es la silueta blanca de la lechuza que, rauda, se aproxima a él. Con el lomo erizado corre hacia el interior de la casa.

LA PLAZA DEL TAUMATURGO

Sí, puede decirse que don Diego Torrente es un criollo rico. Uno de los hombres más acaudalados de la Nueva España. Se considera que su renta anual supera los treinta mil pesos de ocho reales. Entre otras propiedades, posee un sitio de estancia para ganado mayor y una caballería de tierra en las cercanías de San Felipe, un pueblo pequeño, rodeado de bosques extensos de oyamel, cedro y encino.

Algunos aseguran que anda en los cuarenta años; aunque, en estos días, ya quisieran ellos saber su propia edad, en vez de andar averiguando la ajena. Tiene ojos pequeños, lustrosos y fijos, que recuerdan la visión inteligente de los cuervos. Es de temperamento sosegado, pero, en el trato con la gente, levanta el mentón y su ademán se torna altivo. Le gusta vestir ropa de damasco, que combina con un ferreruelo color alquitrán, y complementa con una gorra aderezada de piezas áureas y plumas de faisán.

Se sabe que nació en la noble y muy leal ciudad de México, donde tiene un palacio suntuoso. Recién ha desposado a doña Josefina de Triana, y el enlace consolidó su fortuna. Eso le granjeó el respeto de las medianías y, en mayor grado, la envidia de los resentidos.

Tal vez por la estrella que lo acompaña en los negocios o porque su patrimonio se multiplica continuamente, ha

surgido el rumor de que don Diego es un alquimista. Mejor dicho, un hechicero capaz de transformar cualquier elemento en oro.

El comentario se hizo al principio en los círculos de las familias pudientes de la comarca, sin que nadie le concediera mucho crédito a la especie. Pero de ahí saltó a las tertulias de los criados, en las que se le agregó que él se traslada por los aires en un caballo alado: de San Felipe a México y viceversa. Solo así se explica, aseguran, ese hábito que tiene de rezar los maitines en el pueblo y cantar las vísperas en la ciudad.

Después, el tema se ha convertido en pasto para la murmuración. El criollo escucha esos díceres con una sonrisa desconcertante mientras acicala su barba puntiaguda. Y, ya sea porque el rumor se extendió como una oleada de marabunta, o porque la insidia tiene patas largas, el resultado es que llega una denuncia al despacho del Santo Tribunal de la Fe.

El inquisidor mayor encomienda al inquisidor Sandoval el inicio de una investigación, encareciéndole que observe un apego estricto a las instrucciones que en su tiempo publicó Fray Tomas de Torquemada, y demás ordenanzas aplicables.

II

Una tarde, don Diego es tomado preso en su palacio de la ciudad de México. Las campanadas del Ave María aún resuenan cuando los alguaciles lo introducen a la cárcel secreta de la Inquisición. Queda incomunicado en un calabozo oscuro, infestado de chinches.

Transcurridos algunos días, el inquisidor Sandoval lo visita en la celda. Tan pronto como se habitúa a la fetidez

de amoniaco prevaleciente en el lugar, pregunta a don Diego si conoce la razón de su arresto. A la luz de un candelero de cobre puede ver que el detenido tuerce la boca en una mueca de burla. Sandoval hace acopio de paciencia y le requiere, *in Cristo nomine invocato*, que confiese los pecados que corrompen su alma, pero los labios del criollo permanecen sellados. El inquisidor se retira cabizbajo.

Semanas después, ante la negativa persistente de don Diego a declarar, se le condena a tormento. Al notificarle la resolución, Sandoval lo amonesta con la finalidad de que descargue su conciencia en lo tocante a la Santa fe católica, sin obtener ningún resultado. Le dice entonces que, si en la tortura llega a morir, a quedar inválido o mutilado, será su culpa, por rehusarse a confesar.

A las ocho de la mañana del día fijado en la resolución, ubicados en la lúgubre cámara del tormento, el inquisidor le solicita de nuevo su declaración. Don Diego responde, con firmeza de caballero, que es un hombre creyente de la ley de Jesucristo, cristiano por los cuatro costados. Que para vivir se ocupa de sus negocios y no ocasiona perjuicio a nadie. Exige que le digan quién ha cometido la infamia de acusarlo.

El inquisidor lo mira y lo apercibe a efecto de que diga la verdad. Como el acusado mantiene su actitud pertinaz, es puesto en carnes de la cintura hacia arriba para tenderlo de espaldas en el potro. Sólo se le concede la gracia de conservar su escapulario de tela dedicado a la devoción de la Virgen de la Amargura.

Una vez en el potro, es ligado con tiras de cuero en los brazos, muslos, espinillas y gargantas de los pies. El verdugo, un mulato encapuchado de ojos vidriosos, toma la providencia de arreglar las ligaduras para no producir manquedad o cojera. Aunque, es notorio que su sola

colocación le provoca a don Diego un dolor agudo en las extremidades.

Anudadas las tiras al carrete de la maquinaria, el verdugo agarra con ambas manos la palanca metálica y apoya el peso de su cuerpo para hacer girar el carrete. Las tiras se van enredando, cada vez más tensas. El cuero rechina a medida que las extremidades de don Diego son estiradas. Las correas se le encajan en la piel, marcando surcos profundos y cárdenos. A pesar de ello, el inquisidor no logra obtener declaración alguna.

El tormento prosigue con las modalidades de garrucha y toca. Todo es asentado en los autos por el escribano del Santo Oficio, incluso los bufidos, como de mulo en atascadero, que emite el reo a cada vuelta en el potro; o los aullidos, que suelta cuando lo dejan caer desde lo alto de la garrucha, atado a la cuerda por las muñecas amarradas atrás, para detenerlo un poco antes de estrellarse en el piso, y dejarlo suspendido, con los hombros descoyuntados.

El inquisidor estima que la obstinación de don Diego pone de manifiesto la ayuda demoníaca que recibe para sobrellevar el tormento. En consecuencia, durante una semana ajusta los métodos empleados, con la piedad que acostumbra a tener en sus actos el Sagrado Tribunal. Sin afectar el procedimiento por exceso ni por defecto, intercalando descansos para el detenido, a fin de lograr buenos resultados en esta causa de Dios.

El suplicio finaliza una mañana. El reo confiesa a gritos ser discípulo del Maligno, pero niega saber convertir objetos en oro, toda vez que su amo sólo le ha enseñado el arte hechicero de fabricar piedras de chalchihuite. Sin embargo, se retracta al ser liberado del potro.

Con la mirada perdida, como si buscara alguna clave oculta en los muros húmedos de la sala del tormento, dice

que esa ciencia la aprendió de un matrimonio de ancianos ingleses que viven en San Felipe. El inquisidor suspende la diligencia. Ordena a los alguaciles la detención de la pareja y su traslado a la ciudad de México para interrogarlos.

Transcurren más de tres meses y no son localizados. El inquisidor decide investigar por sí mismo qué tipo de artificios domina el hereje, y queda pasmado al ver sus habilidades. En su presencia, don Diego transmuta la simple arena de un río en docenas de chalchihuites que fulguran en diferentes matices de verde. Lo hace con ese descaro natural que tienen los taumaturgos para realizar sus prodigios. En los sótanos de su palacio, amalgama lentamente una piedra filosofal con la arena que guarda en el mismo lugar, a la vez que murmura un conjuro.

El inquisidor mira azorado los *chalchihuitl*. Son iguales a los que Bernal Díaz del Castillo dijo haber visto colgados en las bordaduras del ropaje de Moctezuma. Es el oro verde mexicano. El jade que usaban los indios para construir sus dioses.

Don Diego sabe que en este trance no solo está en riesgo su riqueza, sino también su vida. Así que tiente la codicia de Sandoval: le ofrece convertir para él montañas de arena en bloques del más puro jade. El inquisidor, sin embargo, es un hombre nacido en la opulencia. Conoce bien el espectáculo seductor de metales y piedras preciosas. Al oír la propuesta, mueve la cabeza de un lado a otro para alejar de su mente los impulsos mundanos, y finge admitir el ofrecimiento, quizá para ver los alcances del pecador.

En acatamiento a las ordenanzas, la prueba se practica en secreto, con la asistencia de otro inquisidor como testigo de calidad. El sigilo estuvo de sobra, ya que posteriormente don Diego hace público en el Santo Oficio, que recibió de los inquisidores la promesa de obtener su libertad

y, en pago, transformó costales de arena en bloques nunca vistos de jade, tan brillantes y hermosos como los mares de Yucatán.

El caballero jura que, después los inquisidores le pidieron que trocara en jade los pisos de sus mansiones y él les aclaró que eso era imposible. Solo sabía transformar la arena proveniente del río de Tepetitlán, próximo a la cabaña de los ancianos ingleses que le enseñaron ese arte. A cambio, transmutó ante sus ojos toda la arena que tenía en el sótano de su palacio y les dio carretadas de fantásticos chalchihuites.

Dice que, cuando creyó que los había persuadido para que le otorgaran la libertad, ellos prometieron dársela si les enseñaba a realizar por sí mismos los prodigios.

III

Se ignora si el taumaturgo accedió a la solicitud de los inquisidores. Se sabe, en cambio, que la Inquisición considera que la maña del acusado para fabricar la piedra de la ijada entraña un pacto demoníaco. Por ello, determina que el 24 de diciembre del presente año de gracia de 1594 se lleve a cabo un auto de fe en la plaza de armas de San Felipe. Un vasto solar terroso que tiene al centro cuatro o cinco robles viejos y algunos fresnos.

Las leyes disponen que los naturales de la Nueva España se hallan fuera del poder del Tribunal de la Fe. Con todo y eso, el inquisidor mayor ordena la realización del acto en *Shañiñi*, este asiento de mazahuas, para ilustración y escarmiento preventivo de los indios de la región. Sostiene, fiel al ideario de Fray Pedro de Gante, que el mejor sitio para la adoración de Jesucristo es aquel donde ha existido algún trato con los demonios.

ÍNDICE

EL CAMINO DE LOS GATOS.....	11
LA PLAZA DEL TAUMATURGO.....	17
AL DÍA SIGUIENTE.....	31
LORENZO TRUJANO	35
FLORES EN EL CIELO	61
EL VENADITO.....	67
CHANO	77
LA LOCA DEL PUEBLO.....	81
SIARA.....	87
LA TIERRA DE DIOS PADRE.....	113

«SAN FELIPE EL MÁGICO»
DE MIGUEL ÁNGEL CONTRERAS NIETO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 17 DE NOVIEMBRE DE 2021
EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V.
PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,
COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.